

LA LUCHA POR EL AMOR: EL TESTIMONIO DE LA POESÍA PERUANA RECIENTE

Gonzalo Portocarrero

¿Por qué el amor? ¿Por qué la poesía? y, por último: ¿Por qué la más reciente y, en especial, la femenina? Las respuestas tienen el carácter de una indagación personal: he llegado al tema del amor por considerar que la vivencia amorosa representa una experiencia utópica que niega el desencanto que se posesiona de nuestra cultura y cotidianidad a medida que avanza la marea neoliberal. En efecto la mejor señal del triunfo de una ideología está en que nos pensemos dentro del espacio conceptual que ella delimita; es decir, que nos identifiquemos con la imagen de hombre que ella prescribe. En el caso del neoliberalismo se nos presenta un ser humano aislado y calculador, que cifra su bienestar en el triunfo en la competencia y en la posesión de los bienes mercancías. Lo que escapa de este estrecho marco es valorado como iluso e irreal; como un tratar de escaparse de las duras realidades de la vida. No obstante, las formas de vida fundamentadas por esta filosofía dejan traslucir existencias desgarradas: el éxito público no llega a ser una satisfacción suficiente; y así, más allá de la representación, apagadas las cámaras, en medio de la riqueza, el poder y la fama se suspira por esa intimidad con otro ser humano, por la posibilidad de compartir. En este arreglo las necesidades afectivas subsisten pero sólo como sentimientos clandestinos, debilidades vergonzantes, residuos inexplicables. Y es que abolir la intimidad con los otros, para mejor competir con ellos fue el principio de esa promesa que nos seduce, y una vez embarcados en ella resulta muy difícil de cuestionar.

La realidad de la vivencia amorosa, mientras tanto, apunta a otras formas de sociabilidad, a otras definiciones del ser humano. A la luz de la posibilidad por ella abierta, las fuerzas de atracción fundamentales dejan de ser el interés y el deseo de reconocimiento; es decir, la expectativa de ganancia y la búsqueda de admiración. Es posible entonces la abolición del cálculo, la apertura de la intimidad. El reino de lo lúdico y espontáneo. La reintegración. Las promesas del amor son también persuasivas. La refinación espiritual del erotismo en el mutuo donarse y recibirse, por ejemplo. También la cancelación de la vergüenza y la seguridad del compromiso. A la vez eterna y puramente hipotética.

Tiempos estos exigentes para el amor. Valorado desde el poder, como anomalía -ilusión pasajera- o suerte inexplicable, en todo caso misterio cerrado. Y desde la resistencia, como posibilidad y esperanza, búsqueda afanosa pero incierta. En realidad hay muchos obstáculos en el camino del amor. Pero, a pesar de ello, el amor permanece como el fundamento del horizonte utópico de nuestra civilización. Pues en la profundidad de nuestra cultura la expectativa de felicidad, de satisfacción renovada de la infinitud de nuestros deseos, sigue remitiendo a la posibilidad de comunión con otro ser humano.

¿Por qué la poesía? Presumo que la lucha por amar tiene que aparecer en toda su grandeza, en toda su fuerza y en la enormidad de los obstáculos, en lo que es el acto simbólico por excelencia: la poesía. Desde siempre la poesía ha sido la lucha por elaborar la originalidad de nuestra vivencia contra la trivialidad de la expresión común. La apuesta a decir lo indecible. Destruir la norma, reconstruir la expresión, visibilizar aquella realidad que se fuga siempre delante de nuestra propia capacidad para nombrarla. Ejercicio de reivindicación de lo íntimo, la poesía debe ante todo iluminar nuestra situación vital. Merced a una suerte de atajo directo con el inconsciente el poeta es capaz de escuchar esas voces que representan los fueros primordiales del ser, los suaves murmullos del deseo. Si el conflicto entre orientaciones culturales divergentes implica dolor para quien lo sufre, la poesía representa la posibilidad de elaborar plásticamente ese dolor, de trocarlo en belleza. Si la creatividad hace posible imaginar los cambios necesarios para la abolición del dolor, la poesía es el arte donde la creatividad aflora pura, donde lo posible es infinito. La poesía resulta del pensamiento ágil, “una forma de conocimiento impaciente, apresurada”. Igual que el arte adivinatorio, supone abandonarse ciegamente a la intuición y al sentimiento, a la escucha confiada de los latidos del ser dentro de nosotros mismos. Y así con la transparencia, nuevo enraizamiento en el mundo, comunión con los otros, inocencia (re) conquistada. Igual que el sueño, su hermano, la poesía es anterior a la ética, nos devuelve a esa pureza originaria donde nada puede existir fuera de su sitio, donde no existen el miedo ni el pecado.

Mucho se nos dice: “no hay nada mejor que estar entre los vencedores, no te resignes con menos”. Con menos frecuencia se nos dice: “el amor es el único fundamento de la felicidad, todo lo demás es vanidad y engaño”. Atraídos por demandas divergentes podemos resentir nuestra incapacidad para lograr un equilibrio, para llegar a una verdadera satisfacción. Más aún en épocas, como la actual, donde la divergencia se profundiza. La poesía amorosa es el espacio donde quiero analizar este desgarramiento. Tanto sus manifestaciones, la elaboración del conflicto, como los intentos positivos de salida, las apuestas por salvar al amor, por insistir en la felicidad.

Poesía escrita por mujeres. A ellas, las mujeres, les cabe en suerte conservar un poco más de sensibilidad. En la división del trabajo entre los géneros les suele corresponder las tareas que suponen más empatía emocional: básicamente el cuidado de los otros. Asimismo les está confiada las tareas de la adivinación porque son más intuitivas. Menos cálculo pero más emoción y expresividad. A nosotros los hombres se nos educa para que controlemos nuestros afectos, cosa que así podamos concentrarnos en lo que es supuestamente importante: la competencia y el triunfo. También se nos entrena a pensar y ser racionales. En una palabra: se nos aísla e individualiza mucho más. De ahí que el neoliberalismo con su insistencia en la racionalidad y la autodeterminación del actor social pueda ser considerado como una ideología muy marcada por la masculinidad.

El sistema de género da a las mujeres, a los menos escuchados, a los que por su menor entrenamiento conceptual pueden elaborar sólo con las dificultades más grandes, la posibilidad de un acceso inmediato al ser, una mayor vinculación con los afectos. Pero, desde luego, todo esto está variando rápidamente. El cambio en las relaciones de género importa transformar nuestra civilización. Las nuevas definiciones de lo femenino y lo masculino implican una alteración profunda de nuestras identidades y de nuestra vida cotidiana. Es por ello que resultan tan amenazantes, que acaso sin quererlo oponemos tanta resistencia.

Poesía reciente porque la época es nueva: el colapso del horizonte utópico es cuestión de hace pocos años. También lo es el auge del neoliberalismo, con sus nuevos dioses: el mercado, la eficiencia, la racionalidad. ¿Cuán dilatada será la prevalencia del neoliberalismo en el sentido común y la vida cotidiana? La respuesta es complicada, pero me atrevería a decir que no mucho puesto que las actitudes que fomenta terminan por crear un vacío espiritual que impulsa a la búsqueda de nuevas orientaciones. En efecto: el desprecio satisfecho por lo espiritual, la reducción de la felicidad a lo sensual, la mistificación del dinero y el poder. Todo ello puede terminar generando una ansia de comunicación, de reinventar la comunidad. Pero no nos apresuremos. El objetivo de estas páginas es analizar los estímulos y los obstáculos de la vivencia amorosa. Su energía y sus tropiezos.

En lo que sigue vamos a elaborar en torno a la siguiente hipótesis fundamental: en la poesía femenina el amor aparece como una necesidad vital cuya satisfacción se ve amenazada o incapaz de un compromiso profundo. Entre la necesidad de la ilusión y el temor al desengaño, he aquí la desgarrada coyuntura desde la que muchos poemas son elaborados. En la poesía masculina lo más aparente es el miedo a la entrega, la valoración del amor como algo peligroso aunque reintegrador. Peligroso en cuanto implica abandono del poder, indiferenciación; es decir, dejar

atrás actitudes definitorias de la masculinidad. Infinitamente atractivo porque significa el fin de la soledad, la vuelta de los sentimientos.

Empecemos nuestro examen con la poesía de Giovanna Pollarolo *Contigo en las Bahamas*. El amor aparece tan necesario como imposible. No se puede realizar el amor, pero tampoco se lo puede desechar. Entonces el amor se convierte en una fantasía, en un fantasma que promete y atormenta; su ausencia duele tanto más cuanto mayor la expectativa que se cifra en su presencia. El amor está presente sobre todo como necesidad vital, como única posibilidad de entusiasmo y plenitud. Como pasión que redime de una depresiva indiferencia. Los primeros enemigos del amor son la culpa y la vergüenza. Pero ellos pueden ser vencidos. En realidad el gran obstáculo está en una imagen del hombre como fugitivo, incapaz de permanecer integrado en el vínculo amoroso. Algo así como: “quiero entregarme pero se que me vas a decepcionar por eso no debería hacerlo pero de todas maneras lo quiero”. Pero vayamos más despacio.

La plenitud del amor es apenas aludida, los obstáculos en cambio se llevan la mayor parte del poema. “... en las Bahamas miraremos el mar azul/ bajo palmeras y arena blanca/ sin reloj,/”. Frente a esta promesa de esplendor toda la alternativa aparece como mezquina. “No quiero contigo en cuartos alquilados/ con miedo/ clandestina./ Dos horas es mucho tiempo/ y muy poco/”. El hecho de que la relación deseada sea socialmente ilícita introduce la problemática de la culpa y la vergüenza. Pero estos sentimientos pueden ser vencidos. Así el monólogo interior que es el poema retoma su rumbo: se sigue explorando la posibilidad del encuentro:

“El día menos pensado
sonará el teléfono
y la sorpresa te enmudecerá.
Tendré que repetir mi nombre
y sin pausa diré los versos de Sabina
no hay nostalgia peor
que añorar lo que nunca jamás sucedió
¿quieres encontrarte conmigo?
En el Bahama’s Pub
aquí para que parezca allá. . .”

Pero cuando la autora imagina el desarrollo de la posibilidad amorosa se vuelve a encontrar con el desencanto:

“Habría sido más o menos
feliz

o infeliz, un tiempo
hasta el día en que a ti
no a mí
nos asaltaran otra voces sin remedio”

Pero como la añoranza de lo que no fue es todavía la fantasía de lo que podría ser, no se termina de salir del círculo: ilusión-desilusión. O en forma más analítica, primero una fase expansiva: necesidad-deseo-posibilidad, y luego otra de tristeza y encogimiento: decepción anticipada-retracción del deseo. La resignación aparece como la única salida, como la verdadera sabiduría:

“Así había sido la vida
razón tenía el viejo profesor:
a las pasiones, decía, hay que ahogarlas
como se hace con los gatos recién nacidos”

Pero en una segunda parte del poema *tres epílogos* la autora imagina tres desenlaces. En el primero, a la entrega absoluta de ella, y a la débil respuesta de él, sigue la furia y el deseo de imponerse:

“sé que ya no me quieres
dame un beso
mírame
o gemiré intermitentemente como el viento
romperé árboles
quebraré ventanas”.

En el segundo al abandono sigue una actitud de asombro y sorpresa, de incredulidad. El dolor no termina de desplegar su intensidad: “Todavía se nota la forma de tu cuerpo/ en el hueco de tu lado de la cama...Nadie ocupa tu sillón/ tampoco tu puesto en la mesa”. En el tercero, el amor se insinúa como una mistificación que la cotidianidad desgasta hasta que la desilusión masculina se convierte en reproche y agresividad:

“Antes, dice
no reclamabas
tu voz era suave
como suave tu aliento
anchas llanuras, verdes prados
Antes

pan y cebolla
príncipe y princesa
a tu voz no se asomaba la queja.
Antes”.

Si todos los caminos del amor aparecen cerrados: ¿por qué tendríamos que considerar a Contigo en las Bahamas como una poesía amorosa? En realidad este poema puede ser visto como un testimonio de la lucha por amar, del anhelo de amor. En el juego de invocaciones y revocaciones, en el desgarramiento entre el deseo y la imposibilidad, en la exploración fracasada, se rinde culto al amor.

En interesante contrastar el universo poético de Giovanna, tan preso de la ilusión, la nostalgia y la decepción con la gama de sentimientos que encontramos en la poesía de María Emilia Cornejo. Suicidándose a los 23 años, en 1972, en medio de la ola del romanticismo de los 70, María Emilia perennizó una figura juvenil, de aceptación de riesgos, de reafirmación de la posibilidad del amor.

“Me encontraste en la mitad de todos mis caminos
me tomaste de la mano
y yo te seguí ansiosamente,
ninguna cama nos aguardaba
sin embargo
cualquier lugar era apropiado
para juntar nuestras desdichas
mis senos maduraron como dos frutos entre tus manos
y descubrí que el amor
no siempre necesita un lecho de rosas”

No es que el temor esté ausente, o que no existan vagos presentimientos, sucede sólo que la vehemencia por entregarse puede mucho más:

“Soy la mujer incondicional
que nada pide a cambio
la que siempre te recibe
y te abre las piernas sin chistar...
soy la mujer que conservará como un tesoro
todos tus orgasmos
tu desesperada forma de amarme.
Soy la mujer,
tu mujer,

y te amaré
hasta entregarte toda mi piel”

Las dudas están presentes, los desencuentros son posibles, la incertidumbre permanece. Amar es exponerse, apostar.

“Envueltos en las sábanas de tu cama, esa cama tuya
cargada de pesares
descubrimos las mil formas del amor...
volvimos a fumar
y las cuatro paredes de tu cuarto se hicieron evidentes
tan claras y evidentes
yo te dije adiós y tú prometiste llamarme”.

Pero, finalmente, es para amar que vivimos. La soledad es entonces sólo una espera: “Siempre supe que te encontraría/ en alguna vieja calle de Lima/ desde entonces/ preparo cuidadosamente nuestro encuentro”.

En *Limbo* de Rosella di Paolo, la ilusión del amor absoluto, la necesidad de entrega, aparece en abierta pugna con una realidad de ruptura y decepción. El resultado es el extravío. En efecto, no poder enterrar la ilusión significa permanecer en un no lugar, en un limbo; en una coyuntura emocional que implica agotarnos en la lucha contra nuestras esperanzas más recónditas, las que nos definen. Si ganamos la batalla: el lúcido, pero cruel desencanto; y si perdemos: la fuga hacia la irrealidad. La atmósfera es trágica pues en el combate heroico contra lo imposible no hay otro desenlace que el fracaso. Por ello el fin no aparece y la lucha se alarga sin término. Pero la nobleza del esfuerzo termina, sin embargo, despertando nuestra simpatía: “¿será que me deje el corazón bajo la piedra?/¿mi tonto corazón junto a tu nombre?/Sé que ya no llegaré a mi casa./Sé que tampoco puedo volver”.

Es desde esta pasión que no se puede desechar, ya que resulta instituyente, pero tampoco vivir, que debe comprenderse la Jaculatoria con que termina el poema:

“Oh acércate, mi cabeza es de yerba,
olíscame, suave es tu hocico
y mis jugos son suaves, muérdeme,
arranca despacio mi cabeza,
mastícame, quiero no
quiero no pensar, ser una bola verde

en tu lengua, en el cielo de tu paladar
oh entre tus dientes, trágame,
vuelta en tus jugos gástricos
nada nada nada
oh amor en tu panza de toro ahora
y siempre en tu ardentísima santa bosta,
amen”

La necesidad de entrega, de ser uno con el amado, da pie a la fantasía de ser devorada. La flor no necesita seducir al toro. Las complicaciones de la condición humana son puestas entre paréntesis. Poco importan frente a lo primordial: el deseo de fusión, la reintegración, la intensidad de sentimientos.

En *Los hombres no lloran* Rocío Silva Santisteban trata de explorar la masculinidad, encontrar las razones que hacen a los hombres tan poco aptos para el amor. En la primera parte del poema *Yo en ti (la secreta herida que me corroe)* se nos presenta la asimetría en la relación de género. Es decir, la disposición a la entrega de la mujer y la actitud huidiza y temerosa del hombre. La necesidad de darse, de ser poseída, parece casi con vergüenza como humillación, pero también -simultáneamente- como expectativa de felicidad, de plena realización:

“Sabes lo que me humilla:
Cada punzada es una ofrenda por tu ausencia
Un hincón caliente sobre los párpados.
Sabes lo que me ilumina:
Ser tu presa.
Huyendo caminas por las calles
el peso del alcohol sobre tus hombros”

El hombre, mientras tanto, apartado por su insensibilidad, no parece percatarse de todo lo que esta pasando. “Ni siquiera te llamo/ni siquiera te reclamo/sé que no me oyes ni nunca me oirás”. En el desencuentro toma forma la fantasía de una regresión a una pura animalidad. Abdicación de la conciencia, afirmación del deseo:

“Si sólo fuéramos animales
si sólo supiéramos arañar
Y todo no fuera más que una maniobra de la cacería
Los perros ladrando para desollarme
Y yo trato de escalar la tapia pero es inútil. . .”

En la segunda parte del poema, El fuego inextinguible se explora la posibilidad de una intensificación del erotismo como medio de lograr la ansiada fusión amorosa. Pero la confianza total, la entrega sin reservas tienen la muerte como umbral. El suicidio. Y mientras llega la muerte: la intimidad; no hay más fronteras. La ternura las disuelve:

“Nos cortamos la graciosa piel blanca:
La sangre corre pareja sobre nuestros brazos desnudos
Y nos besamos dentro del agua caliente.
Orina, me dices
Y yo me levanto y el nivel del agua recobra su forma original
Me acerco a tu cara, lentamente
Y mis piernas endurecidas van formando un chorro que te baña
...
Ya tú y yo unidos para siempre”

En la tercera parte *Los hombres no lloran* se hacen evidentes las posibilidades y límites de la comprensión femenina de la masculinidad. Rigidez, dureza, dolor, frialdad: estos serían los atributos de la condición masculina. “Cada vez me vuelvo un hombre/ mis vértebras rígidas, mis músculos anudados. . . la mano agarrotada a la altura de la cadera/ como apretando un arma, un fierro duro/ sobre la otra un guante de acero/ y cinco nudillos preparados para golpear/ contra cualquiera”. Así parecen explicarse los comportamientos que en la primera parte del poema eran observados con asombro: “Huyendo caminas por las calles/ el peso del alcohol sobre los hombros/ y una sonrisa vacía abriéndose a la noche”. La única ventaja del hombre es la libertad pero los costos son tan altos que el resultado es abrumadoramente negativo. El hombre es un derrotado, un perdedor profesional. Es en este punto cuando reaparece lo femenino. Primero como hecho biológico, como “fluido tibio”, “estrías, grumos, piel abultada”. Luego como ansias de entrega, rabiosa, desesperada. En el poema los hombres aparecen como tensos, agresivos y sufrientes; pero sobre todo cansados, siempre al borde de la derrota.

Veamos ahora algunas poesías escritas desde la condición masculina. En *Es el amor* de Manuel Moreno Jimeno la experiencia amorosa supone peligro y miedo. Ante todo implica comunicación, dejarse invadir por la mirada del otro, de la amada. De este convertirse en objeto de escrutinio, de dejarse penetrar, resulta la simplificación y la transparencia. Es decir abdicar de complicaciones y trastiendas donde perviven fusionados residuos vivos de dolor con pretensiones de poder. La purga es dolorosa porque estas complicaciones son de todas formas definitorias de la propia identidad. El amor resulta entonces una apertura que mutila, el abandono

de una soledad que puede ser oscura pero que ya es nuestra casa, la base de nuestra autonomía. Entregarse es entonces perder algo, renunciar a ocultarse:

“Es el amor
Son tus pupilas incandescentes
Clavadas en las mías
Es tu luz que llega y me socava
Es tu fuego enemigo que me destruye

Ahora no hay piedad para mi olvido
No hay refugio para mi sombra
No hay soledad que me devore en la entraña del corazón

Estoy perdido en tus cielos fulgurantes
No sé que camino tomar
Cuál es la ruta de mi alma . . .”

El amor aparece como una experiencia desconcertante, un extravío. Implica abandono y entrega. Una posibilidad de cambio radical. Una fuerza desestabilizante. La vivencia amorosa es muy cuestionante para los hombres: “Es el amor/la garra potente del amor/el pico arrebatado del amor/Nadie sabe de donde surgen tus relámpagos/Qué amenaza descubre tu presencia, despierta tu furor/Quien propaga tus llamaradas impetuosas”.

La capacidad transformadora que la vivencia amorosa tiene para la condición masculina queda también patentizada en *El amor y los cuerpos* de Javier Sologuren:

“ . . . entonces
 entonces
balbuceo
saliva y lágrimas
me recorren
cuerpo adentro

muda mudanza
instante en que
soy
todo yo
en que ya
no soy
yo . . .”

La vivencia amorosa no está asociada al deseo de posesión, menos aún al deseo de ser admirado, de seducir; está esencialmente vinculada a la posibilidad de volver a ser frágil, a no dejar nada sin entregar. Pero como ya una vez fuimos decepcionados, no es entonces extraño el miedo a revivir lo que nos pasó cuando niños: el secuestro de la sensibilidad, la amputación de la ternura.

Respecto a Moreno y Sologuren, la poesía de Xavier Echarrí se sitúa en un más acá del borde de la entrega. Hecho sintomático si se tiene en cuenta la juventud de su autor. En *La máscara de la horma* la entrega aparece simbolizada como el cruzar una raya. Límite peligroso cuyo traspaso implica exponerse, ser vulnerable. Pero no traspasarla es dejar de vivir. El miedo a la entrega es paralizante. □